

Hoja Oficial del Lunes

EDITADA POR LA ASOCIACION DE LA PRENSA TOLEDANA

REDACCION Y ADMINISTRACION: JARDINES, 5 - TOLEDO

Año I

6 de Diciembre de 1937

Núm. 48

¡Viva Franco! ¡Arriba España!

Un caza enemigo derribado por nuestra Aviación

PARTE OFICIAL DE GUERRA
del Cuartel General
del Generalísimo

Sin novedades dignas
de mención en los frentes
de los Ejércitos.

ACTIVIDAD DE
LA AVIACION

Nuestra aviación en un
combate aéreo ha derri-

Salamanca, 5 de Diciembre de 1937.—Segundo Año Triunfal.

Universalidad y modernidad del Estado de Falange

JOSE MARIA PEMAN
«La Falange es estilo ante todo», escribió Eugenio Montes. El «estilo nuevo» es frase que no se cae, ahora, de los labios de la juventud. Y esto podría llegar hasta aferrar un poco a alguien, con falsa y simplista idea de lo que es el «estilo», creyera que la Falange cifraba sus aportaciones renovadoras en simples exterioridades. Por eso hay que recordar que «estilo»—en definición exacta de Romano Guardini—es «la traducción exterior de una manifestación determinada de la vida», hay que recordar que no hay más estilo—en frase que se suel o es un **samiento hecho carne». Estilo que perdura y se impone es porque en su plástica externa alude a un sólido soporte de ideas y principios aportados a la vida.**
Tiene, pues, absoluta razón Falange al preocuparse continuamente de la pureza y asepsia

de su «estilo». Toda una historia española de desprecupaciones estilísticas le enseña el peligro y escarmiento de ese mal entendido abandono. Desde el siglo XVIII venimos padeciendo una continua derrota de los principios por el estilo. «El Filósofo Rancio» y sus macizos secuaces—Castro, Vélez, Zaballos—fueron vencidos, no por la verdad, sino por el estilo más gracioso de los volterrianos. Al general Primo de Rivera le royeron los pies unos cuantos libelistas de buen estilo. Las tres cuartas partes de la política anticlerical y desamorizadora del siglo pasado está hecha de los argumentos visuales y estilísticos contra una «clerecía ramploña que había perdido, no la fe ni la virtud, pero sí la dignidad litúrgica. Y la República vino traída más que por un empuje de ideología, por un impulso de mejor decencia de estilo, de renovación y modernidad, proveniente de unos cuantos cenáculos intelectuales.

El catálogo de los escarmientos es, como veis, demasiado expresivo para que la Falange deje de vigilar, con verdadera inquietud, por el rigor y la unanimidad de su buen estilo. Dicho lo cual y borrado todo prejuicio sobre la vaciedad o levedad de esta cuestión de estilo, conviene decir todo lo que el estilo de Falange, tiene que valer en su doble función de expresión hacia fuera y de educación hacia dentro.

Ha de valer, indudablemente, como signo de anchura en el espacio; es decir, de solidaridad nacional. Por momentos en el mundo se enfrentan más que las «naciones», las «internacionales», los grandes fragmentos humanos unidos, más noblemente, por una actitud ante la vida, por una afinidad electiva de sus mentes y voluntades. Hay todo un pedazo de mundo que se expresa con un mismo estilo, porque participa de una misma verdad. El brazo en alto es una señal de comprensión universal.

Ha de valer, luego, como signo de altura en el tiempo. El estilo de la Falange al ser una aceptación de solidaridad humana en el espacio, en el tiempo, una aceptación de modernidad. El destino nos fecha en el calendario. Nuestra rígida posición de «firmes», no es posición de momias, sino de soldados recién entrados en filas. Falange no es una resurrección, sino un renacimiento.

Un renacimiento, entiéndase bien. Tampoco un «nacimientito». Quiero decir tampoco una improvisación robisoniana o un mimetismo de hallazgos ajenos. Porque, en última instancia, el estilo de Falange ha de valer, sobre su significación de universalidad y modernidad, como signo de reencuentro en la España eterna.

Por eso, repito, el estilo de Falange vale también como signo de este reencuentro de la mejor España. Ante todo ese sentido de retorno a la seriedad de la vida y la muerte: ese que es base de todos sus empeños de sobriedad, de todas sus imperativas de servicio y disciplina, hasta de todo el palefismo de sus divisas y colores, ¿que es sino un retorno sin retroceso, a la eterna actitud española?...

En la magna obra de de Tomás Mann, «La Montaña Mágica», uno de los últimos «premios Nobel» de Alemania, el héroe Hans Castorp, que vive durante meses en un sanatorio, se siente asqueado ante la trivial-

dad mecánica con que son tratadas actualmente la muerte y la vida. Y al reaccionar contra esto no encuentra término mejor para expresar su protesta, sino: añorar el sentido ceremonial, la austeridad y la austera actitud del Rey escurlandense: del Felipe II de Schiller. «La devoción española y la pompa humilde, solemne y acompañada—dice—constituyen un género muy digno de humanidad»...

Lo que ocurre, es que España es tan fértil y exuberante, que tiene mil tradiciones varias, y a veces discorriantes, que se superponen y nos confunden. El «estilo de la Falange vale, pues, también, como signo indicativo para saber rastrear, en ese conjunto, la buena y exacta tradición. Su amor a los colores serios y patéticos nos invita a buscar, saltando colorines y lentejuelas, el entroque de la España de las ropillas oscuras. Su empeño de adjectivar poco y desnudar mucho, no invita a buscar, por la espalda de las capillitas de yeso, la España del Escorial y de los rectos sillones difíciles. Su afán de sobriedad de lenguaje, nos lleva a recordar que, a veces podamos todos los barroquismos superpuestos (orientales, italianizantes), la última vena del castellano cuténico, es la que tiene para la imaginación la inteligencia, la concisión del refrán, para el sentimiento la leyenda del villancico. Tenemos a don Juan Manuel, a Saavedra, a Gracián. Tenemos el precepto de Juan de Valdés; el «estilo consiste en que «digais lo que queráis con las menos palabras que pudiesedes».

Y habeis de anotar que toda esa buena España, a la que alude el estilo de Falange, es precisamente la más honda y popular. Las ropas oscuras son las más auténticas y populares, por debajo de toda la superposición colorista, que por mucho tiempo llamamos «popular», y que no es sino importación afrancesada, arcádica y versallesca. El decir lento, sobrio y refranero, es del pueblo. La parquedad del elogio y la seriedad de la idea, es la actitud campesina y apartada de España. El mueble recto, el ademán, la opinión intransigente, todo florece en las aldeas, de Castilla, antes de florecer, un día memorable, en el teatro de la Comedia de Madrid. Cuando José Antonio creaba, pues, el estilo de la Falange, al mismo tiempo que aceptaba mucha universalidad y mucha modernidad, adivinaba todo lo más enraizado, auténtico y popular de España.

La semana en el frente

No importa que deje de sonar el dramático estallido de las armas. La batalla, mejor dicho, la victoria de las Cancillerías continúa de modo visible y magnífico. Como el ilustre Quijoto de Llano decía una de estas noches con su modo pintoresco y popular, «esto marcha». Y marcha no sólo en la geografía estricta y nacional—luchar, dominar y vencer de las batallas—, sino que «marcha», y con ritmo rudo y claro, en los anchos horizontes internacionales.

Recordemos el espectáculo de hace unos meses. Para algunos países y gobiernos el Movimiento nacional y sus jefes y su Candillo glorioso, eran sólo un movimiento «faccioso» y unos generales «rebeldes». Pero hoy el paisaje espiritual ha cambiado totalmente. La espada de Franco—el talento y las virtudes geniales—supo ganar en estos tiempos las muy sutiles, complicadas; mas y eficaces batallas de la diplomacia universal.

Y ya no somos «facciosos». Ya somos un pueblo, un gobierno, un Estado y un jefe alto y rector. El lenguaje de la diplomacia, y no digamos el de la prensa de muchos países, han cambiado totalmente. Y mientras las mentiras rojas, con sus propagandas incesantes, iban apagando su ante el extranjero, la verdad, nuestra verdad, golpeada en los cerrados y torcidos espíritus de otros países, vencióndolos e inclinándolos hacia la comprensión de nuestra espiritualidad, de nuestros nobles, puros y santos ideales.

El panorama internacional varió por entero. Y después de Inglaterra, con el intercambio de representantes, con el diálogo oficial, claro y público entre el Gobierno británico y el Gobierno nacional del Generalísimo; después de eso, aparece los señores del Japón y de Manchukuo, el Gobierno del Generalísimo Franco, como una potencia auténtica y legal.

mente, y como un pueblo histórico, depositario y continuador de las virtudes, esencias e ideales de la vieja y eterna España.

Este hecho de la semana ha de subrayarse con la mejor emoción. La gran familia de los Gobiernos y pueblos que quieren vivir vida plena, nacional, histórica, va ensanchándose cada día. La vertiente destructora, disolvente y bárbara que impulsa y dirige Moscú, está gravemente amenazada. Se van apretando, con ilusión y emoción, las manos amigas de los pueblos libres que no se resignan a morir como conjunto histórico, como Nación, como pueblo de designios sagrados que han de cumplir. El Japón y Manchukuo llegan a nosotros. Y nosotros les declaramos la máxima devoción y, con ella, el anhelo de una victoria rápida y feliz que ahogue en su inicio el torvo deseo soviético.

Frente a ese espectáculo internacional, tan favorable a nuestra causa, ha de anotarse la actitud incomprensible y siniestra de Blum y de Cot, que desde el Gobierno ayudan a los rojos españoles con olvido y desprecio de los compromisos diplomáticos en el Comité de No Intervención.

No declinamos nada del pueblo francés. Lo más sano, fuerte y espiritual de Francia está con nosotros, dándonos su simpatía y su adhesión íntima. Francia, la Francia noble e histórica, no puede olvidar la actitud digna, generosa, limpia, que para ella tuvo España en los días de la Gran Guerra. Sólo lo olvidan los Blum y los Cot, atentos al mandato soviético, sin acordarse ni de vínculos de amistad y reconocimiento para los que tan hidalgamente se condujeron; e incluso llegando a despreciar los intereses del pueblo francés, que dicen dirigir y conducir.

Nada en los frentes, dicen los parties. Pero de cuando en cuando se ven fogonazos claros. En un solo día nuestra Aviación ha derribado siete cazas.